

A propósito de un libro sobre Picasso

La gloria del maestro del cubismo, Pablo Ruiz Picasso, ha hecho olvidar un poco los primeros tiempos del pintor. París ha sido siempre un pavoroso abismo englutidor de todo. Quien ha triunfado lo ha hecho allí en forma definitiva; el fracaso alcanza igualmente caracteres de extrema rotundidad. No hay términos medios en esa lucha incruenta y, al mismo tiempo dramática.

Todo lo que se refiere a los primeros tiempos del maestro está envuelto en neblina. Por contra el período francés ha sido exaltado, es conocido hasta la saciedad y ha provocado en muchos casos excesos inadmisibles. Se ha exagerado y se ha formado una leyenda mítica. Picasso no se ha librado tampoco del contacto espúreo de la política. De pocos hombres se ha escrito más. No siempre se ha hecho con verdad y con el debido sentido de la responsabilidad. En un libro reciente, «Espejo de la pintura actual», escrito por Margarita G. de Sarfatti, entre otras pintorescas cosas de mayor gravedad, se dice: «Picasso, de familia italiana...». Pues bien, es necesario deshacer este mito.

Picasso no tiene nada de italiano desde el punto racial. Su primer apellido es Ruiz, Ruiz es, aparentemente al menos, un nombre españolísimo. «Godo», diría don Francisco A. Encina. El influjo del apellido sobre su vocación debe ser enorme, habida cuenta que el padre del pintor, don José Ruiz Blasco, era profesor de dibujo en la Escuela Normal de Málaga. Sobre el segundo apellido, el que ha popularizado y universalizado la obra, los críticos y biógrafos no parecen estar de acuerdo. Lo más seguro es su origen catalán. Mejor todavía, mallorquín. En un libro reciente titulado *Picasso antes de Picasso*, provisto de admirable material gráfico y escrito agudamente por A. Cirici Pellicer, Barcelona, 1947, Iberia—Joaquín Gil, se afirma que se trata de un superlativo del apellido internacional Pic y cuyo di-

minuto Picó es frecuente en Mallorca. Aquí mismo en Chile existen familias de origen balear con este nombre.

En ese libro se asiste a la evocación de aquellos tiempos olvidados a que nos hemos referido. El autor ha olvidado en su bibliografía el excelente libro de Joan Merli, en el que buena parte de las páginas es consumida por el relato de los años catalanes, es decir los años del Picasso antes de Picasso.

Se trata de un período maravilloso y de imprescindible conocimiento si se quiere captar lo esencial de la pintura picasiana. Imprescindible porque en estas telas catalanas, en estos dibujos, en estas caricaturas, está en potencia todo lo que habrá de venir más tarde.

Asiste el lector a la evocación de las tertulias y talleres. Se recuerda el avatar de la revista *Arte Joven*. A los veinte años Picasso pintaba como un maestro. A su alrededor se formó un grupo de muchachos que como él aspiraban a perennizar una obra. Recorrer estas páginas es sentir el embrujo de una voluntad poderosa.

El libro está editado con pulcritud y esmero extremados. Lo más valioso está constituido por el conjunto de obras que se publican, en muchos casos por primera vez. Llama la atención el estilo de ciertas caricaturas de café. El recuerdo de Bagaría se impone. Y es que el punto de partida fué el mismo para los dos artistas.

ANTONIO R. ROMERA.